

El gran inquisidor de Flandes.

Con la frente apoyada en la palma de la diestra, inmóvil, algo crispado, el poeta comenzó a recitar su oda de amor y de odio :

O Flandre,

Voilà comment tu vis,

Aprement, aujourd'hui :

Voilà comment tu vis

Dans la gloire et sa flamme, et le deuil et sa cendre.

«Jadis, je t'ai aimée avec un tel amour

Que je ne croyais pas qu'il eût pu croître un jour.

Mais je sais maintenant la ferveur infime

Qui t'accompagne, o Flandre, à travers l'agonie,

Et t'assiste et te suit jusqu'au bord de la mort.

Et même, il est des jours de démence et de rage

Où mon cœur te voudrait plus déplorable encor,

Pour se pouvoir tuer à t'aimer davantage... »

Era, hace algunos meses, en Niza, en el vasto comedor de la casa de Maeterlink.

Emile Verhaeren volvía de una excursión por las tierras flamencas que los alemanes no han podido nunca invadir, y su alma fogosa de viejo patriota desbordaba de ternura y de indignación. Había visto los campos, antes fecundos, convertidos en eriales, en osarios, en antros de espanto... Había visto las ciudades venerables, cuyos *pignons* de ladrillo inspiraron a su musa dulces

estancias juveniles, y no había encontrado en sus plazas, en sus calles, en sus beaterios, sino montones de escombros... Había visto a su madre Tierra, en fin, y no la había reconocido...

Y evocando los horrores que acababa de contemplar, pintábanos la muerte de Pervyse, la agonía de Furnes, el martirio de Iprès, el holocausto de Dixmude.

— En Pervyse — decía — el espectáculo es horrible... Cuando penetramos en su calle Mayor, nos creímos transportados a un escenario en el cual un dramaturgo loco hubiera querido representar el más inverosímil de los cataclismos. En su horror, en efecto, aquello no parece natural. No puede uno figurarse que toda una ciudad se convierta así en polvo, en carbón, en ceniza. Hay que remontarnos a los castigos bíblicos impuestos por Jehová a las metrópolis malditas, para formarnos una idea de tamaño ensañamiento... De Pervyse fuimos a Nieupart, donde había tantas reliquias históricas, donde hay tantas ruinas... ¿Y qué decir de Furnes, la joya más deliciosa del Iser, con su plaza que Víctor Hugo adoró?... Ruinas, ruinas, todo ruinas... Dixmude, también... En cuanto a las aldeas, a los campos, a las granjas, a las chozas, ya no existen... Es un desierto la pobre Flandes...

En los ojos ambarados y dulces del poeta, que tienen cuando contemplan un rostro amigo algo de suavidad canina, había en aquel instante una nube de lágrimas iluminada por un rayo de ira. Sus grandes bigotes de guerrero galo caían ocultando la boca amarga, y en su frente soñadora un surco profundo ondulaba con contracciones nerviosas.

Junto a él, Maeterlink, siempre impasible en apariencia, fumaba su pipa, murmurando:

— Yo no he querido ver eso...

Hubo un silencio, durante el cual las visiones más tristes y más trágicas pasaron, sin duda, por las mentes de aquellos dos poetas.

De pronto, uno dijo:

— ¿Te acuerdas de nuestro último viaje por la comarca del Iser?

— Sí — contestó el otro —. Antes de la tragedia...

Luego, como hablando consigo mismo, Verhaeren comenzó a evocar los apacibles cuadros de la existencia flamenca en tiempos felices, en que las llamas no habían aún asolado la belleza. Y eran, entre sus frases cortadas y desordenadas, amplias llanuras verdes, ricas, jugosas y húmedas, que los campesinos cultivaban cual jardines... Y eran aldeas silenciosas, grises, con grades tapias conventuales y minúsculas fachadas familiares... Y eran capillas consagradas a alguna santa milagrera, de nombre oscuro, cuya imagen, vestida de damasco, adornada de joyas antiguas, perfumada de incienso y de almizcle, paseábase en andas los días de gran procesión... Y eran las *kermesses* dominicales en los huertos frondosos; las buenas *kermesses* animadas por la cerveza, por la danza, por el amor; las *kermesses* de todos colores, durante las cuales el rumor de los besos perdíase entre el estruendo de los tambores y de los trombones... Y era el interior del hogar, luciente de cacerolas, de platos de estaño, de ladrillos esmaltados, con su alto reloj negro, del que salía cada hora una paloma para cantar cántico secular, con su chimenea ornada de palmas místicas y de secos azahares nupciales, con su butaca de cuero, en la que una anciana de cofia blanca, una pobre anciana arrugada, amarillenta, oraba por el descanso de las ánimas del Purgatorio...

El gran poeta hablaba con emoción, con melancolía,

con caridad, y era tal la ternura trágica de su palabra, que yo no podía menos que evocar, ante la grave estampa de su rostro, a los hermanos de las cofradías de antaño, que, arrodillados a los pies de algún santo en los lienzos de Mernling, ofrecen al Señor Crucificado sus blancas almas de dolor en cambio de vagas esperanzas de futura misericordia.

Pero, de pronto, la voz, como el semblante, cambiaron.

— Lo más horrible — exclamó —, lo más increíble, lo más imperdonable, es que esa gente ha escogido, para demostrar sus crueles instintos al pueblo menos fuerte, al pueblo menos culpable de orgullo militar, al único que no podía ni amenazar, ni resistir, ni siquiera defenderse... ¿Por qué?... Por nada, porque sí, por gozar del inicuo placer de torturar... ¡Ah! ¡Las rudas huestes germanas!...

El general Stenger fué el primero que, el 26 de agosto de 1914, ordenó a sus soldados que no perdonaran a nadie la vida... Había que dejar una huella de sangre y de lágrimas, había que ensañarse en la presa indefensa... En Neufchâteau, en Audemont, en Rubles, en Ansart, en Tintigny, en Les Builes, en Ethe, en Mussin, en Daranzi, en Semel, en Anloy, en cien lugares más, para sólo citar los que no han sido aún citados, no quedan sino ruinas, escombros, cenizas... ¡Y el número de habitantes fusilados, Dios mío!... Uno no puede dar crédito a sus propios ojos cuando examina las listas, aún incompletas, del formidable martirologio... De los saqueos, ni vale siquiera la pena de hablar. Todos nuestros tesoros artísticos han sido enviados a Prusia. ¿Para qué quiere cuadros un pobre pueblo que agoniza bajo la bota del vencedor?... Ese vencedor tiene hábitos que hacen olvidar sus rapiñas... Ese vencedor reúne a los ancianos,

los obliga a cavar sus sepulturas y luego los fusila y los entierra... Ese vencedor mutila a los clérigos para hacer refr al diablo... Ese vencedor considera a las mujeres como pasto para los apetitos de las fieras humanas... Ese vencedor goza cortando las manos a los niños... Yo he visto a las víctimas, yo las he visto llorar, yo las he visto, enloquecidas, recordar sus calvarios como una pesadilla de fuego; yo he oído a las aldeanas llamar a gritos a sus hijos, que yacen bajo la tierra; yo he visto a los mutilados, a los heridos, a los que se han salvado de la orgía atroz... ¡Ah!... ¿Y creen ustedes que estos crímenes pueden quedar sin castigo?... Yo querría disponer ahora de las hogueras, de los potros de tortura, de las cuerdas de los verdugos... Y todo eso no sería bastante...

Su rostro, antes suave y grave, habíase trocado en una máscara cruel. En sus pupilas ardía un carbón profético. Sus enormes bigotes temblaban sobre sus labios crispados. Y yo recordé entonces que en este flamenco, que con tanta dulzura ha sabido cantar la paz del campo, hay un inquisidor español capaz de todos los odios y de todas las iras. Y recordé las palabras que sobre él escribió, pocos años ha, un gran psicólogo francés, y que son, a saber:

«Es conmovedor ver ciertas civilizaciones que han asombrado al mundo, sobrevivirse, después de la muerte, en la poesía triunfante, resumirse en un solo hombre más representativo que la Historia y que las ruinas. En el caso de Emile Verhaeren hay que decir que ese hombre es la España admirable y maldita de Felipe II, el florecimiento de rosa de oro y de fuego de la grandeza católica. Su obra entera álzase cual una España negra y luminosa, y la arquitectura de sus versos es cual un Es-

corial opaco, cuyas ventanas, a la hora del ocaso, se iluminan de llamas rojas sobre la fachada nocturna. La palabra oro llena sus páginas de escuadras de galeones que vuelven de América. Su imaginación ha sido marcada con el hierro candente del catolicismo. Un alma hereditaria alienta subyugada en su ser, que la guarda con un odio nostálgico.»

Este odio suntuoso, lleno de llamas áureas y de reflejos ígneos, el gran poeta ha comenzado a mostrarlo al mundo en sus conferencias, en sus artículos, en sus *interviews*. El teutón, entre sus frases de púrpura y de luto, no aparece cual un guerrero, sino cual una bestia apocalíptica, que encarna todos los vicios, que provoca todas las cóleras celestes, que merece todos los tormentos. En buena lógica, puede decirse que tal elocuencia vengadora y desmedida, lejos de servir la causa de la independencia belga, la compromete. «Ved el alma de ese pueblo en ese hombre—ha escrito Brunewaldt—: es un alma que tiene rabia.» Otros grandes escritores belgas, capitaneados por el sereno y maravilloso Maeterlink, son menos injustos, y lejos de clamar, como Jeremías, instruyen un proceso, en el cual no se niega al enemigo ninguna de sus virtudes heroicas. La Historia conservará las piezas de tal proceso y olvidará los salmos verhaerénicos. Pero la posía, pero el arte, se habrán enriquecido, en medio de la tormenta, con páginas prodigiosas, dignas de los grandes profetas de Israel. Y si, más tarde, los eruditos dicen, hablando de los discursos del formidable inquisidor flamenco: «No hay ahí nada de escrupulosamente exacto», los críticos literarios podrán contestarles: «Sí; ahí se eterniza la supervivencia de la sangre de Torquemada en las venas de la vieja Flandes.» Y un como grito sintético de tanta pasión en

tanto lujo verbal, recitará estos ocho hemistiquios que el gran poeta parece haberse consagrado a sí mismo:

Il s'arrêtait.

Sa moustache en bataille

Effleurait de son ombre immense la muraille.

Il s'arrêtait, toussait et sondain s'emportait :

Où est la charge rouge aux fulgurances d'or,

Quand les sabres au clair illuminaient les têtes

Et que mille escadrons étaient mille tempêtes

Accoutumant la terre aux foudres de la mort!

Al cabo de dos años.

Muy a menudo los periodistas que visitan las trincheras vuelven con la idea de que, dada la enormidad de los medios de defensa que poseen unos y otros combatientes, la ruptura de las líneas es imposible. El canciller del Imperio germánico, en un discurso ante el Reichstag, ha adoptado este principio al asegurar que «en el Occidente los alemanes están seguros de poder oponer un dique infranqueable al alud enemigo». Y lo cierto es que, hasta hoy, los esfuerzos han sido, en tal sentido, vanos. ¿Qué se logró en los combates de estos últimos días? Nada más que hacer retroceder a los alemanes unos cuantos kilómetros y reconquistar algunos de los puntos estratégicos que antes ocupaban — contestan los que han leído los épicos relatos recientes —. Pero los que estudian la guerra desde un punto de vista experimental, ven que las batallas del Somme significan algo de mayor trascendencia que un simple triunfo local.

— No vea usted eso como un cuadro aislado de la tragedia — decíame un militar holandés —, sino como el ensayo de un acto que puede muy bien ser el último, cuando se ponga en escena de manera definitiva. Lo que se trata de saber es lo que la artillería en grandes

masas puede lograr, y esto ahora ya los franceses lo saben lo mismo que los ingleses.

*
**

Sí que lo saben. Y también los alemanes. Basta haber visitado el teatro de la lucha en el Norte para darse cuenta de lo que los explosivos nuevos logran hacer cuando realizan su obra de cataclismo. Yo tengo bien presentes las palabras tranquilas de un capitán de Artillería que, después de hacerme visitar las posiciones del Somme, me habló del nuevo giro que la guerra ha de tomar ahora que Francia puede ya lanzar sobre las trincheras enemigas centenares de toneladas de dinamita todos los días.

— ¿Es cierto — pregunté — que los alemanes se dan cuenta de que en este frente sus esfuerzos serán cada día más vanos?

— Sí — me contestó —. Desde hace tiempo ya los alemanes que defienden estos sectores no tienen grandes esperanzas ni grandes ilusiones. En los cuadernos de apuntes que encontramos en los bolsillos de los prisioneros se nota un desaliento que ha ganado ya hasta a los oficiales. La semana pasada una patrulla nos trajo a un capitán prusiano herido, que había estado dos días en el campo de batalla sin poderse mover y sin comer, bebiendo agua de un charco para calmar su fiebre. Después de darle lo que pidió, le interrogamos. Aquí tiene usted su respuesta, que copié por lo característica: «Vous me demandez si nos pertes son énormes... Oui... Elles son énormes. Nous avons perdu des régiments entiers ces derniers jours. Nos troupes d'ailleurs ne sont pas aussi bonnes qu'au commencement de la guerre.

Et c'est pourquoi je trouve la guerre absurde, impossible... Oui... Comment la finir? Nous savons que nous ne pouvons plus avancer. Je ne sois pas si nous pourrions seulement résister...» Claro que en oficiales prisioneros puede este desaliento atribuirse a causas psicológicas momentáneas. Por eso nosotros damos menos importancia a lo que nos dicen que a lo que leemos en sus apuntes íntimos. Últimamente, el Estado Mayor de nuestro ejército hizo traducir y publicar, en su Boletín oficial, el *carnet* de ruta del jefe del primer batallón del 111.º regimiento de Infantería alemana. Este oficial, llamado Sievert, tomó parte en las batallas más recientes, y su cadáver fué encontrado entre los cinco mil que dejó el enemigo. Según su confesión, su propio batallón estaba reducido, al cabo de pocos días de lucha, a 272 hombres, lo que no es sino la tercera parte de su efectivo de guerra. En todas las páginas de su librito, el grito de «refuerzos, refuerzos», suena como el de un hombre que se siente perdido y pide socorro. Y lo extraordinario para nosotros, acostumbrados a considerar el método alemán con supersticioso respeto, es el desorden que este militar denuncia cuando se queja de que en las órdenes que recibe hay incoherencia, contradicciones y errores geográficos. En una de sus últimas notas se leen estas palabras terribles: «Ya no sabemos nada, pues hemos perdido el contacto con el Estado Mayor.» ¡Y las quejas relativas a los víveres! A fuerza de ser trágicas, llegan a ser cómicas. En Souchez, entre las ruinas, llora día y noche por la falta de pan, de vino, de carne. «Tenemos que contentarnos con nuestras provisiones de reserva», escribe un día. Pocos días después la cosa se agrava, pues ya ni reservas quedan. «Desde ayer — dice — no he comido más que un pedazo de ga-

lleta.» Así, cuando de pronto llegan los víveres, su primer movimiento es de júbilo; sólo que, ¡ay!, no son lo que él deseaba: no son más que provisiones de reserva. El 20 de junio encontramos en los apuntes del comandante Sievert estas palabras espantosas: «Mis hombres se escapan cada vez que cae una bomba: tengo que amenazarles con el Consejo de guerra para obligarlos a no abandonar sus puestos; los jefes de las compañías están unánimes en confesar la desmoralización de sus tropas.» Luego, cuando el gran bombardeo de Souchez comienza, el pobre alemán comprende lo que va a pasar, y se resigna a morir. Hay una belleza trágica en las últimas frases de aquel valiente que sabe que el asalto no puede tardar y que, al mismo tiempo, comprende que sus soldados no podrán resistir un choque rudo. El bombardeo, en efecto, los ha enloquecido a todos. Y es que hay que ver lo que son nuestros cañones nuevos. Ahora nadie nos gana en eso.

*
**

No sólo es eso. La Francia desprevenida y confiada de hace algunos años ha desaparecido, y en su lugar vemos surgir a un pueblo armado, moral y materialmente, para la gigantesca lucha. Los alemanes notan lo que es la nueva artillería. Lo que tal vez no notan, es lo que es el nuevo estado de ánimo del pueblo entero. Dos años han sido suficientes para crear, en este país de maravillosas improvisaciones, un ejército que no tiene rival en el mundo.

¡Ah! ¡Cómo recuerdo los vaticinios sombríos de los que, habiendo estudiado el alma francesa en los libros de los sociólogos, aseguraban que el día de un conflicto las divisiones de partido serían el mayor escollo para

el triunfo y para la defensa! Los antimilitaristas, sobre todo, preocupaban el mundo. Pero apenas estalló la guerra, los primeros en proclamar y practicar con lealtad la unión sagrada alrededor de la bandera nacional, fueron justamente ellos. El buen deseo, pues, y la buena voluntad no han faltado en nadie un solo minuto; lo difícil era ordenar y disciplinar la enorme masa de millones de hombres, y eso es lo que el esfuerzo común ha logrado en el curso del año que acaba de terminar. Es un espectáculo admirable el que ahora ofrece el ejército democrático. Sin la rigidez exterior que caracteriza a las huestes prusianas, *l'armee* de Francia es un organismo de una fuerza y de una elasticidad incomparables. Riendo y cantando, como los héroes de Jenofonte, los bravos «peludos» realizan el milagro, extraño en una raza tan ardiente, de rivalizar en paciencia, en tenacidad, en sangre fría, con los guerreros del Norte. En un artículo reciente, el presidente Poincaré elogia, sobre todas las virtudes militares del soldado francés, su alegría, su risa, su buen humor. «Esa alegría que conserváis ante el enemigo — les dice a los *poilus* — es una de las formas más admirables del heroísmo de nuestra raza. Cada vez que me encuentro entre vosotros, vuestro carácter tiene un encanto más, a causa de lo que tiene de espontáneo, de libre, de franco, de risueño.» El elogio es justo. En medio de las miserias y de los peligros de la vida de campaña, el francés demuestra ahora una energía de ánimo que sorprende al mundo entero. ¡Cómo recuerdo las exclamaciones de los corresponsales extranjeros cuando, en noviembre, hicimos nuestra primera excursión al frente! Bajo la nieve, entre el lodo, padeciendo materialmente de mil privaciones, comiendo mal y durmiendo peor, el buen *piou-piou* tomaba en broma sus propias

penas y se reía de la vida tanto como de la muerte. «¡Pueblo admirable!», murmuraban, enternecidos, los hombres de Escandinavia, de Italia, de Suiza, de América. Y realmente, era admirable, era sublime el espectáculo de aquellos regimientos innumerables, que nos recibían cantando y que cantando iban a la lucha.

*
* *

Con tales hombres y tales elementos, no es extraño que Francia sienta que, al comenzar el tercer año de guerra, la aurora del triunfo se vislumbra ya en el horizonte. ¡Guárdeme el cielo de caer en la pueril tentación de hacer cálculos sobre la victoria y su advenimiento! Con mucha prudencia, los hombres que gobiernan no se atreven aún a señalar, ni de un modo vago, la hora probable en que la paz pueda ser realizada. Pero, sin cometer el pecado de vaticinio, siempre me parece lógico pensar que las batallas de la primavera próxima serán más definitivas que las de 1916. Detrás del pueblo que lucha hay otro pueblo más numeroso, que trabaja en forjar las armas del combate. «Toda Europa, se dice, está convertida en una descomunal manufactura de cañones, de fusiles, de explosivos.» En Francia, el esfuerzo en este sentido es bastante grande para que hasta los alemanes lo reconozcan. Cada día los trenes interminables llevan hacia las líneas del frente nuevas bocas de fuego y nuevos alimentos para esas bocas insaciables. En una hora se gastan hoy más granadas que en una campaña de otro tiempo.

¿Cómo, pues, dudar de que la guerra está llamada, en el curso de los meses futuros, si no a cambiar de faz, sí a variar de intensidad? La ruptura de las líneas no es ya

una ilusión. En el Somme, toda una zona de defensa ha sido sumergida bajo una catarata de metralla. «Un poco más — dicen los prisioneros — y aquello será tal vez una catástrofe completa.» Ahora bien: ese «poco más», ese «mucho más», es lo que Francia e Inglaterra, unidas en una magnífica colaboración de meses y meses, preparan ahora.

¿Para cuándo exactamente?... Mis predicciones no llegan hasta el punto de pensar en fechas fijas. Pero, no sé por qué, se me figura que el año 1917 ya no será como este de 1916.

FIN